

GABON



(A MI HERMANO CARMELO)

I

«La nieve cubre todo el campo, las fuentes están heladas y un frío intenso entumece los miembros. El cielo, de un color gris ceniciento, se presenta á nuestros ojos triste, muy triste, lo mismo que la Naturaleza toda. Unicamente reina la alegría en el viejo caserío en cuya cocina arde un gran fuego, y cuyos habitantes tienen pintada en su rostro la paz de que gozan, contentos con lo que tienen, ni envidiados ni envidiosos. ¡Bello ideal á que muchos aspiran, sin que en la mayoría de los casos el éxito corone los esfuerzos!»

II

La *echekoandre* de *Sagastibeltza* no, se da punto de reposo. Echa leña al fuego, corre de aquí para allá y de vez en cuando se asoma á la ventana y mira al campo. Sin duda espera á alguien. Su marido, el viejo Peru, recostado se halla junto al fuego, asando el clásico *bišigu*, y dandovueltas al *tamboliñ* donde se asan las no menos clásicas castañas. Es la Nochebuena, y es sabido que estas dos cosas no pueden faltar en aquella cena.

Lejanos *ujujús* é *irrintzis* se oyen en los montes. Son los jóvenes que vuelven á sus casas á celebrar la tradicional fiesta, despues de estar largo tiempo ausentes de aquellas tierras, unos de pastores, otros de carboneros y algunos sirviendo en caseríos acomodados. En el número de los últimos se contaba á Jose, el hijo de Peru, el de *Sagastibeltza*, y también volvía a casa de sus padres á pasar algunos días.

Cuando se acercó á su casa lanzó un significativo grito, que fué comprendido al momento por sus padres, quienes corrieron á abrazarle. Hasta *Toni*, el perro, y los dos gatos *Mirimiz* y *Sapichu* le agasajaron, sin dejarle en paz durante toda la noche.



Una vez en su casa, la solícita Joŕepa, su madre, puso la mesa, y sentados todos alrededor hicieron los honores á la succulenta cena; terminada la cual se acostaron, durmiendo en paz y en gracia de Dios, hasta que el canto del gallo les despertó y el primer rayo de luz penetró en la casa.

III

El día de Navidad desde muy temprano se hallaba en pié nuestro Joŕe, que se entretuvo en hacer una visita á los ganados, siendo recibido por ellos con muestras de gran regocijo. Los bueyes y vacas mugían, el grueso *cherri* gruñía y el filósofo *Pocho* dirigía aquel concierto con los rebuznos más sonoros y armónicos de su repertorio. Para todos tuvo Joŕe una caricia, con la que se entusiasman más y más aquellos irracionales que mugían, gruñían y rebuznaban cada vez con mayor fuerza, Aquel concierto llevaba trazas de ser interminable; pero no fué así. Joŕe, vestido con su mejor traje, bajó al pueblo á oír misa, y esto bastó para que los músicos habitantes de la cuadra se quedaran en silencio.

Bajó también, aunque tarde, Joŕepa á hacer algunas compras y volvió antes que su hijo á preparar la comida que naturalmente había de ser aquel día extraordinaria.

Al poco rato apareció en la cocina Joŕse, triste y desesperado. Su madre se apuró sobremanera, y al preguntarle el motivo de su angustia recibió la siguiente respuesta:

—Bien sabe V., madre, que *caí soldado*, y aunque tenía propósito de redimirme, no puede ser, porque me llaman con urgencia y no quiero que por mi derrame ningún otro su sangre en el campo de batalla. Los enemigos de España se han levantado contra ella; es necesario acudir en su auxilio. Me han dicho en el pueblo que me presente en seguida.

No puede comprenderse el efecto que causaron estas palabras en la pobre Joŕsepa. Lloraba, abrazaba á su hijo y no acertaba á articular una palabra. Peru, impresionado también, no decía nada; pet o al fin se expresó de esta manera:

—Hijo mio, triste es que te marches, pero tienes razón; ningún otro debe derramar su sangre por tí. Si yo tuviese tu edad también te acompañaría; pero no puede ser, estoy viejo y de nada sirvo. Ea, hijo mio, tú á pelear; nosotros á rezar por tí.

Y le echó la bendición.



¡Qué escena tan tierna! El hijo, arrodillado ante su padre, recibiendo humildemente su bendición; la madre llorando y abrazándolo.... ¡qué cuadro!

Era necesario que Joŕse partiese, y llegó el triste momento. Abrazó á sus padres y se marchó.

—¡Agur amacho!—dijo á su madre al salir.—¡Dios quiera que el año que viene celebremos todos juntos la Nochebuena!

IV

Pasó un año; llegó la Nochebuena, pero no llegaba Joŕse á celebrar el *Gabon* con sus padres.

Tristes, silenciosos y mustios se hallaban los viejos de *Sagastibeltza* en la cocina de su casa. No se veían ni el *biŕigu* en la parrilla, ni las castañas en el *tamboliñ*. La nieve cubría los campos, el cielo se hallaba triste, la vieja Joŕsepa no se asomaba á la ventana, ni se oían lejanos *ujujús*, pues todos los jóvenes se hallaban en la guerra.



Mientras tanto Joŕse estaba arma al brazo, de guardia en pleno campo. ¡Cómo se acordaba de su casa! ¡Y cómo de la Nochebuena que el año anterior pasó junto á sus padres!

V

Llegó el otro año; la guerra continuaba, Joŕse no volvía y sus padres estaban afligidísimos. Su aflicción fué mayor, cuando recibieron una carta en la que su hijo les comunicaba que en una de las últimas acciones había perdido un pié y un brazo y que se hallaba en el hospital, curándose de aquellas heridas. ¡Qué pena tan grande la de los viejos *Sagastibeltzas*!

Llegó la Nochebuena y la misma tristeza que el año anterior afligía los corazones de aquella honrada gente.

Peru y Joŕsepa estaban tristes junto al fuego, rezando el Rosario. No tenían ninguna noticia de Joŕse, Los pobres viejos iban envejeciendo mucho y no parecían los de antes.

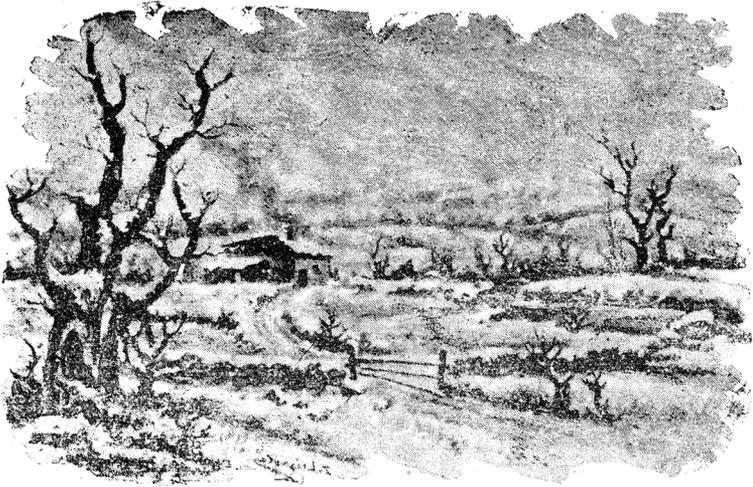
Quando acabaron de rezar el Rosario se sentaron á la mesa y cenaron muy frugalmente. Peru sacó la carta en que Joŕse les comunicaba la desgracia que le había acontecido, y leyendo aquellas líneas se hacía tristes reflexiones y le creía muerto allá muy lejos, muy lejos en el teatro de la guerra.

¡Qué ajenos estaban de pensar los viejos que allá cerquita, al lado de la ventana se hallaba Joŕse, que les veía tristes y llorosos!

De súbito se abre la puerta, y entra Joŕse, y diciendo ¡*aitacho!* ¡*amacho!* se echa en brazos de sus padres.

La noticia de la conclusión de la guerra no había llegado á oídos de los viejos *Sagastibeltzas*, y ahora la sabían por su hijo, que aunque cojo y manco, volvía á su casa dichoso por ver á sus padres.

El fuego volvió á arder con intensidad en la cocina del viejo caserío, el *biŕigu* y las castañas se veían en la mesa, y la felicidad reinó siempre en aquella casa.



VI

«La nieve cubre todo el campo, las fuentes están heladas y un frío intenso entumece los miembros. El cielo, de un color gris ceniciento, se presenta á nuestros ojos triste, may triste, lo mismo que la Naturaleza toda. Únicamente reina la alegría en el viejo caserío en cuya cocina arde un gran fuego, y cuyos habitantes tienen pintada en su rostro la paz de que gozan, contentos con lo que tienen, ní envidiados ní envidiosos. ¡Bello ideal á que muchos aspiran, sin que en la mayoría de los casos el éxito corone los esfuerzos!

BONIFACIO DE ECHEGARAY.

